

2(09)9
F28a

CARTA

DE MONSEÑOR EL OBISPO DE GRENOBLE

SOBRE LA INSTITUCIÓN DIVINA

DEL PAPADO

Y LA FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD

DE LOS SERVIDORES DE SAN PEDRO

CON EL BENEPLÁCITO

DE N. S. P. EL PAPA LEON XIII



SEVILLA

Est. Tip. de Diaz y Carballo, Cavidia 5

1890



EL PAPADO

Y LA SOCIEDAD

DE LOS SERVIDORES DE SAN PEDRO



Amand-Joseph FAVA

2(09
F 2

CARTA

DE MONSEÑOR EL OBISPO DE GRENOBLE

SOBRE LA INSTITUCIÓN DIVINA

DEL PAPADO

Y LA FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD

DE LOS SERVIDORES DE SAN PEDRO

CON EL BENEPLÁCITO

DE N. S. P. EL PAPA LEON XIII



SEVILLA

Est. Tip. de Diaz y Carballo, Cavidia 5

1890



A NUESTROS HERMANOS EN JESUCRISTO.

Así daba principio una epístola memorable de nuestros padres de Lyón y de Viena en el siglo segundo: «Los fieles de Lyón y de Viena en las Galias, servidores de Cristo, á los hermanos de Asia y de Frigia que profesan la misma fe y la misma esperanza de redención que nosotros, paz, gracia y gloria en Dios Padre y en Jesucristo Nuestro Señor!» Seguía después el relato de sus sufrimientos, así como de sus triunfos.

Nosotros también, amadísimos Hermanos, podríamos contaros minuciosamente los males que sufrimos, no precisamente la persecución como en tiempo de Marco Aurelio y de Vero, puesto que hoy en el Occidente se nos niega el honor del martirio, sino las tristezas que causa en nuestra alma una nueva persecución á lo Juliano el apóstata, tramada con astucia para destruir el reinado de Jesucristo en las almas.

Mas ¿á qué perder el tiempo en estériles lamentaciones? Conocéis nuestras desgracias y sufrís juntamente con Nosotros. Nuestra voz, en vez de conmoover á nuestros enemigos, no haría más que exasperarlos. Dejemos por lo tanto el papel de sáuce llorón, árbol inútil, y aprestémosnos para librar nobles batallas.

Interesa mucho más, amadísimos Hermanos, orar, trabajar, hacer frente al enemigo y esforzarnos en conservar la fe cristiana en nuestra sociedad.

Sólo Jesucristo, nuestro Rey eterno, es *el camino, la verdad y la vida*.—Sólo Él es *la lux del mundo*.—*No hay otro nombre bajo el Cielo en el que podamos encontrar nuestra salvación*: recordemos á nuestro siglo que el *Naturalismo* ataca á Jesucristo, Hijo eterno de Dios, con su doctrina, sus sacramentos, el amor infinito de su Corazón, los gozos y las esperanzas que Él tiene prometidas.

En Europa muchos han dejado de ser cristianos: volver á la profesión de la fe, he aquí el remedio. *Jesucristo ha sido puesto para la ruina ó para la resurrección*: para la ruina de aquellos que se alejan de Él, y para la resurrección de toda alma que verdaderamente le ama. Es preciso, pues, que la Europa vuelva de nuevo al único Salvador de los hombres y de las naciones; de lo contrario perecerá en su pecado cubierta de oprobio y de miseria.

Pero, ¿por qué camino se obra ese retorno al Salvador? *Por el Papado*.—Sólo Pedro que es la Cabeza infalible de la Iglesia ha recibido el cargo de darnos al verdadero Cristo. Los que no le escuchan son racionalistas: la fe dimana de la autoridad que habla: *Fides ex auditu*. El Papado es más necesario al mundo de las almas que el sol al mundo físico, y se acerca la hora en que la Europa va á anegarse en sangre, en vez de ir á civilizar los países salvajes, si continúa menoscipando la autoridad docente del Papa, sin la cual quedarán conculcadas todas las demás autoridades, puesto que la voz del Papa es la voz de Dios. La autoridad de los gobiernos está privada de base y de sanción, si no se apoya en la de Dios, que el Papa predica al mundo. El socialismo de arriba y de abajo se rie de las leyes sin Dios: sólo Cristo, por medio de sus pontífices venció á los antiguos bárbaros; sólo Él detendrá á los nuevos atrayéndolos á su seno. León XIII, que

actualmente rige á la Iglesia, lo anuncia y pregona al mundo, á la Europa sobre todo.

Echad una rápida ojeada sobre los diversos pueblos y regiones de la tierra: las naciones europeas aseméjase á una flota azotada por la tempestad. El huracán del *Nihilismo* agita á Rusia y la empuja á la *destrucción*; el *Colectivismo* se infiltra en las venas de Alemania; el *Naturalismo sectario* ruge furioso sobre Francia; Italia se halla completamente á merced de las Logias; el viento pestilencial de la *Francmasonería* enerva las fuerzas morales y materiales de España; el *Liberalismo* sumerge en la vida natural y en los goces cibaríticos á Inglaterra y á las naciones protestantes que, separándose de la Iglesia, se han divorciado del Espíritu que es su Alma; Austria apenas puede romper los viejos lazos del *Josefismo*; Turquía se eterniza en su añejo y decrepito *Mahometismo*; el *Budhismo* paraliza la acción del progreso en la China, mostrándole un cielo vacío; el África reclama misioneros y no explotadores; más allá aún, las islas de la Oceanía llaman á los apóstoles, y la América pide Obispos que sepan formarla, á semejanza de la Francia de Clodoveo y de Carlomagno.

Hé aquí el campo del Padre de familia y la herencia que ha dado á Jesucristo, su Hijo. Pertenece por lo mismo al Papa, Vicario de Cristo, cultivarlo, de consuno con los Obispos, en lo que concierne á las cosas de Dios. Do quiera que los Césares intentaren confiscar en provecho suyo la parte ó heredad de Dios, verán al pueblo rebelarse cada vez más contra ellos: «Yo el Señor, este es mi nombre: mi gloria no la daré á otro, ni mi alabanza á las esculturas (1).»

Podrá tal vez escucharse esta doctrina con risa sarcástica; pero ella es incontestable y sus consecuencias ineludibles.

Examinemos esta verdad con recto criterio y profunda mirada: El Papa es Dios con nosotros; el Papa es el Vicario

(1) Is. XLII, 8.

de Cristo; el Papa es el órgano del Espíritu Santo. Este anciano cumplirá muy pronto diecinueve siglos de edad: es contemporáneo del Salvador y se llama Pedro. Cristo y Pedro han muerto, y, sin embargo, los dos están resucitados. Ellos viven á nuestros ojos; hablan, obran, reinan, mandan, y aquellos que los oyen, viven; los que los desprecian, mueren; se barre su polvo y á los que pasan se les recuerda: Aquí fué Bizancio, enemiga de los Papas.

El Papado! esta es la más noble institución que ha visto el mundo. Siendo el Papa Vicario de Cristo, después de la Encarnación del Verbo nada hay más grande en la tierra que el Papado, que es la continuación de aquella grande obra é inmenso beneficio.

El Papado nos espera; nos abre sus brazos y su corazón; nos llama como Jesús pendiente de la cruz sobre el Calvario. ¿No es esta en verdad su actitud, cuando se nos presenta bajo las figuras tan dulces, tan augustas, tan luminosas de Pío IX y de León XIII, dadas al mundo para acabar de reconciliarle con su Iglesia y con el Cielo? ¿Desde el año 1846, que vió morir á Gregorio XVI, subir al solio pontificio á Pío IX y aparecerse en nuestros Alpes á la Santísima Virgen, qué es lo que estamos oyendo? A Pío IX y á León XIII repercutiendo el eco del Eterno, que decía de Jesucristo sobre la cima del Tabor: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias, escuchadle.* A la Santísima Virgen llorando á orillas del torrente y recordándonos también á su divino Hijo. Muchas naciones han escuchado. ¿Qué es lo que decimos? Toda la tierra ha prestado oído á estos acentos: ha venido á ver á Pedro en su Jubileo sacerdotal, y, á ejemplo de los Magos, ha ofrecido sus presentes á Cristo, representado por León. Nunca se ha visto el camino de Roma más concurrido de Peregrinos ansiosos de visitar al Pontífice de nuestras almas; jamás se ha presenciado un movimiento más entusiasta, espontáneo é imponente de agrupación en derredor de la Santa Sede,

como el que contempló la Ciudad Eterna con motivo de este fausto acontecimiento viendo llegar á sus puertas al pueblo obrero y á los grandes del mundo, y como el que contempla en nuestros días la Europa cristiana viendo con admiración á los poderosos de la tierra someter sus diferencias al arbitraje del Romano Pontífice.

Parécenos que ha llegado para todos nosotros la hora de aproximarnos al Papa. Menester es que todos sus fieles servidores se alisten bajo la bandera de la Cruz, para combatir á los enemigos del Papado y vencerlos, persuadiéndoles la necesidad de acercarse á Él. Con este objeto se está formando una sociedad de que hablaremos después: *La Sociedad de los Servidores de San Pedro*.

Para dar á conocer mejor la utilidad de esta Asociación, queremos presentar al Papado tal como Dios lo estableció, desde el origen de los tiempos, antes que fuese fundado por Jesucristo y animado por el Espíritu de verdad; tal como aparece en medio del mundo, mar inmenso, á quien sirve de faro; tal, por último, como debería ser á los ojos de todas las naciones y de todas las almas.

Para explicar asunto tan importante no bastan ligeras páginas, serían necesarios libros enteros. Esperamos que aparecerán nuevos libros en pos de los que ya se han publicado. Entretanto he aquí algunas hojas dedicadas á la causa sagrada del Papado por la piedad filial de uno de sus hijos.

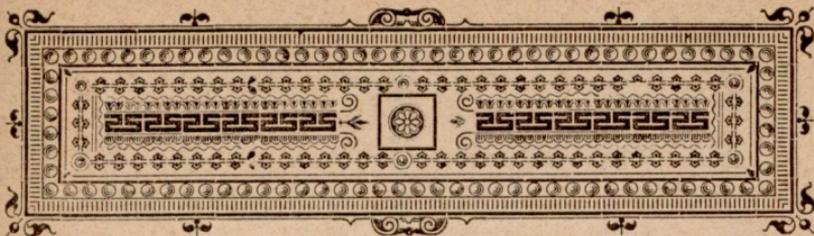
El objeto de la presente Carta puede resumirse en estos dos puntos: definición del Papado y explicación de esta definición.

¿QUÉ ES EL PAPADO?

El Papado preparado por Dios Padre, fundado por Dios Hijo, asistido por Dios Espíritu Santo es una institución divi-

na que asegura á los hombres la verdad religiosa y procura mantenerlos en la unidad de fe, de esperanza y de caridad celestial.





CAPÍTULO PRIMERO.

EL PAPADO PREPARADO POR DIOS PADRE.

El Papado, fundado en la tierra por Jesucristo Nuestro Señor para asegurar á los hombres el conocimiento de la verdad religiosa, debe haber comenzado con el hombre: el Creador debió llenar primeramente el oficio de Papa ó de padre. ¿Podía, en efecto, después de haber colocado á Adán en el mundo, dejarle en el estado de estatua viviente, cual si fuese un idiota que mira sin comprender nada?

Juzguemos de Dios por el hombre hecho á su imagen, y reconozcamos que las cosas buenas, santas y nobles que hay en nosotros de una manera finita, se hallan en Dios en un orden infinito.

Ahora bien; un padre y una madre se creen obligados á amar á sus hijos y á asegurarles lo que puede desarrollar en ellos la vida del alma y del cuerpo.

I

DIOS PADRE, PRIMER PAPA.

El autor inspirado del Libro del Eclesiástico nos ha pintado al Creador de todas las cosas formando al hombre con un amor infinito é instruyéndole con tierna é inmensa solicitud.

«Dios, dice, creó al hombre de la tierra, y lo hizo según su imagen. Y de nuevo le hizo volver á la misma, y le vistió de la virtud propia de su sér. Dióle número de dias, y tiempo, y le dió potestad sobre las cosas, que están sobre la tierra. Puso el temor de él sobre toda carne, y le dió el dominio de las bestias y de las aves. Creó del mismo modo una ayuda semejante á él: les dió consejo y lengua, y ojos y orejas, y corazón para pensar: y los llenó de la doctrina del entendimiento. Creó en ellos la ciencia del espíritu, colmó sus corazones de sentido, y les mostró los males y los bienes. Puso su ojo sobre los corazones de ellos, para mostrarles las grandezas de sus obras: Para que alaben el nombre de santificación, y le glorifiquen en sus maravillas, y publiquen las grandezas de sus obras.

«Añadióles la disciplina, y dióles en herencia la ley de vida. Hizo con ellos eterno pacto, y les mostró su justicia y sus juicios. Y con sus propios ojos vieron ellos las grandezas de su gloria, y las orejas de ellos oyeron la majestad de su voz, y les dijo: Guardaos de toda iniquidad. Y les mandó á cada uno de ellos acerca de su prójimo.» (1)

Hé aquí un fiel retrato del Padre por excelencia, modelo infinitamente perfecto de todos los padres, según la naturaleza;

(1) Eccli. XVII, 1-12.

ideal divino del Papa. Creador del hombre y de la mujer, los forma á su imagen, dotándolos de memoria, de inteligencia y de libre voluntad. Les concede el conocimiento natural de las cosas, después «les da en herencia la ley de vida y concierta con ellos eterna alianza.»

Esta página de los Libros Sagrados está enteramente conforme con el relato del Génesis, en donde vemos á Dios creando al hombre y á la mujer, instruyéndolos, hablándoles con bondad y colocándolos en un Paraiso de delicias. Las consideraciones que vamos á exponer nos revelarán todavía más claramente en Dios al Eterno desempeñando por sí mismo el oficio que á través de los siglos debería cumplir el Papado, oficio que consiste principalmente en anunciar al mundo á Jesucristo, Rey eterno y Salvador de los hombres.

La desobediencia había impulsado á nuestros primeros padres á quebrantar las órdenes del Señor, y Adán pecador precipitaba consigo en el abismo á todos sus descendientes, cuando el Hijo de Dios se ofreció como víctima á su Padre para salvar á la humanidad: *Agnus occisus est ab origine mundi*: El Cordero ha sido inmolado desde el origen del mundo, nos dice S. Juan en su Apocalipsis (1).

Esta escena, de que fué testigo el Cielo con asombro, nos ha sido descrita con esas sencillas palabras, y el Padre celestial la reveló en sustancia á nuestros primeros padres agobiados de vergüenza y de dolor. Levantando á sus ojos el velo impenetrable de los designios de su sabiduría y haciéndoles vislumbrar los secretos de lo porvenir, les permite ver en lontananza á la mujer misteriosa llevando al Hijo en sus brazos; el Hijo que debía destruir el imperio de Satán y reinar sobre el mundo desde lo alto de su Cruz victoriosa. Maldiciendo á Satanás, le dice: «Pondré enemistades entre tí y la mujer,

(1) Apoc. XII 8.

entre tu linaje y el suyo; ella misma te quebrantará la cabeza.....» (1)

No contento con hacerles esta consoladora promesa, quiso grabarla en la memoria de los hombres, y en cierta manera encarnarla en el sacrificio cruento que estableció y cuyos ritos prescribió Él mismo. El cordero ofrecido por Abel al Señor era figura del Cordero divino que debía ser inmolado en el Calvario, más tarde sobre nuestros altares, por toda la redondez de la tierra y hasta la consumación de los siglos.

II

RAZÓN DE SER DEL PAPADO.

Dios Padre había, pues, creado el cielo y la tierra á fin de formar con ellos una como herencia ó patrimonio para su Hijo, juntamente con los Ángeles y los hombres que le servirían y serían salvados por Él. Oigamos como habla el Padre á su Unigénito según los oráculos proféticos: «Tu eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y como posesión tuya hasta los últimos confines de la tierra.» (2)

La revelación divina de esta regia dignidad del Verbo eterno reclamaba un medio que la conservase en la memoria de los hombres, que la explicase y defendiese contra la movilidad del espíritu humano. Esto era tanto más necesario, cuanto que la creencia en la venida de ese gran Rey, de ese Mesías, figurado por el sacrificio, puesto que debía morir por su pueblo, era para el género humano un medio de salvación.

(1) Gen. III, 15.

(2) Ps. II.

«Hé aquí al Mediador que nos ha tendido la mano para levantarnos, dice S. Agustín; por su fe en este misterio, acompañada de la buena vida, los justos de los tiempos antiguos pudieron purificarse, ya antes de la ley de Moisés (porque en ese tiempo les servían de guía Dios y los Ángeles), ya también bajo esta ley..... Había entonces profetas, cuya voz, como la de los Ángeles, publicaba la celestial promesa.» (1)

Este gran doctor dice en otro lugar: «La Historia Santa no nos enseña si antes del diluvio existió algún signo visible y corporal de esta regeneración, como lo hubo después de la Circuncisión. Ella refiere, sin embargo, que los primeros hombres ofrecieron sacrificios á Dios, como se ve claramente por los de Caín y Abel, y por el de Noé al salir del Arca.» (2)

Para perpetuar la gran promesa del Mesías y el rito sagrado del sacrificio, era necesaria por consiguiente una institución encargada de velar por ésto. Porque sabido es á donde conducen los caprichos del espíritu humano siempre inclinado á modificar las costumbres, á cambiar las más bellas instituciones y frecuentemente á destruirlas. En qué, pues, consistía entonces el *Papado*?

III

LOS HIJOS DE DIOS, LOS HIJOS DE LOS HOMBRES.

Dios preparaba entonces el Papado, encargado de anunciar á Jesucristo en medio de los pueblos y de los hombres: nos daba una imagen de este cargo y dignidad sublime en los hijos de Seth, que llevaron el nombre de *Hijos de Dios*.

(1) *Ciudad de Dios*, L. X, cap. XXV.

(2) *Ibid.*, L. XV, cap. XVI.

«Eva, dice el Génesis, dió á luz á un hijo, y llamó su nombre Seth, diciendo: Dios me ha dado otra simiente en lugar de Abel á quien mató Caín.» (1)

El Libro sagrado añade á renglón seguido: «Y á Seth le nació también un hijo, á quien llamó Enós: éste comenzó á invocar el nombre del Señor.» Es decir, que ofreció un culto público al Señor.

San Agustín afirma: «Como Adán era el padre de estas dos clases de hombres, tanto de aquellos que pertenecen á la ciudad de la tierra, como de los que componen la ciudad del cielo, muerto Abel que representaba un gran misterio, hubo dos troncos, uno de cada ciudad, Caín y Seth, en cuya posteridad se vieron aparecer señales más evidentes de estas dos ciudades.....» (2)

Tenemos, pues, una imagen del Papado en la Ciudad de Dios, compuesta de los Hijos de Seth. Para conservar mejor la verdad revelada, vivía aquella separada de la Ciudad de los Hijos de los hombres, que se consagraban principalmente á gozar de los bienes terrenales.

IV

PALABRAS DE BOSSUET.

Bossuet ha proyectado copiosa luz sobre la cuestión que nos ocupa en su discusión con Claudio, ministro protestante. Argúfale en estos términos: «Yo no pretendo, Señor, que la autoridad de la Iglesia sea alguna vez puesta en tela de juicio; y la prueba de mi aserto está en que escucho á vos, Señor,

(1) Gen. IV, 25.

(2) *Ciudad de Dios*, Lib. XV, cap. XVII.

que la sometéis á discusión; pero afirmo que no debe ser discutida por los cristianos. Sostengo que ella es infalible; aseguro que no puede citarse un tiempo ó época histórica, en la que no haya habido sobre la tierra una autoridad visible y docente, á la cual ha sido necesario ceder ó asentir. Antes de Jesucristo tenemos la Sinagoga; en el momento en que la Sinagoga debía ser repudiada, apareció el mismo Jesucristo. Cuando Jesucristo se retiró, dejó á su Iglesia.»

Estas palabras de Bossuet: «No puede citarse un tiempo ó época histórica, en la que no haya habido sobre la tierra una autoridad visible y docente, á la cual ha sido necesario ceder ó asentir,» son verdaderamente profundas. Concuerdan admirablemente con la sabiduría de Dios, que ha velado por el cumplimiento de una solemne promesa; con su bondad, que no ha permitido jamás se pierda la verdad en la tierra, sino que la ha conservado por Sí mismo ó por sus ángeles, como dice el Obispo de Hipona, y además por medio de instituciones, cual fué la asociación de los Hijos de Seth, llamados los *Hijos de Dios*.

No olvidemos nunca que los primeros hombres, para poblar más pronto la tierra, vivían cerca de diez siglos. Así Adán vivió 930 años, y Mathusalén 969. Cuando, pasadas algunas generaciones, ocurrió el diluvio, las tradiciones primitivas iban pasando de boca en boca, mediante el magisterio y dirección de los padres que en gran número habían conocido y oído á Adán, Seth, Enós y los otros descendientes de Seth.

V

EL DILUVIO Y NOÉ.

El Diluvio.

El Diluvio es un hecho que manifiesta bien á las claras la fragilidad humana y la necesidad de una autoridad docente para guardar intacto el depósito de la divina Revelación. A pesar de los medios empleados por el Padre celestial con la mira de mantener la creencia en el Mesías y en la vida sobrenatural, que casi podría llamarse *cristiana*, porque la vida de los *Hijos de Dios* consistía en creer en Jesucristo Salvador, sucedió que llegó á reinar en la tierra una espantosa corrupción de costumbres. Oigamos cómo se expresa sobre este punto San Agustín en su admirable libro de las dos Ciudades.

«Creciendo y multiplicándose los hombres con el libre albedrío de su voluntad, resultó una especie de mezcla y confusión de las dos ciudades por un comercio de iniquidad, y este mal derivó también su origen de la mujer, si bien de otro modo que al principio del mundo. Efectivamente, las mujeres de la ciudad terrena, seducidas por el artificio ó engaño de otros, no persuadieron el pecado á los hombres; sino que los hijos de Dios, es decir, los ciudadanos de la ciudad extranjera sobre la tierra, comenzaron á amarlas por su belleza, la cual es verdaderamente un don de Dios, otorgado también á los malos, para que no parezca á los ojos de los buenos un grande bien. De este modo los hijos de Dios, habiendo abandonado el bien supremo que es propio de los buenos, se aficionaron á un bien mínimo común á los buenos y á los malos, y cautivados de amor por las hijas de los hombres, á fin de desposarse con

ellas, dejaron la piedad que observaban en la sociedad santa. Ciertamente que la hermosura de los cuerpos es un don de Dios, pero, siendo un bien miserable, carnal y caduco, no se le ama, como conviene, cuando se antepone á Dios, que es un bien eterno, interior é inmutable.» (1)

Para enseñar á los hombres de los siglos venideros que los pueblos, cuya existencia está limitada á este mundo, no desprecian impunemente la autoridad de sus mandamientos, Dios castigó al género humano que se había hecho totalmente materialista, exceptuando sólo á Noé que había permanecido justo, con sus tres hijos Sem, Cham y Japhet, su propia mujer y las tres mujeres de sus hijos.

Noé.

Apenas salió del arca Noé con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos, «edificó un altar al Señor: y tomando de todos los animales y aves limpias, ofreció holocaustos sobre el altar. Y olió el Señor olor de suavidad...» (2) Dios contemplaba á su Hijo, el Cordero divino. Entonces Dios bendijo á Noé y á sus hijos, que se dispersaron bien pronto, difundiendo en su emigración por el mundo la gran promesa del Mesías y el uso del sacrificio, dos cosas que aparecen por do quiera en lo sucesivo.

San Juan Crisóstomo, para confundir á los incrédulos de su tiempo, que no creían en el hecho del diluvio, decía á sus oyentes en uno de sus elocuentes discursos: «¿No es cierto que se ha realizado ese memorable acontecimiento? ¿No tenemos

(1) *Ciudad de Dios*, Lib. XV, cap. XXII.

(2) Gen. VIII, 20-21.

su testimonio en esos montes de Armenia, en que se detuvo el arca? ¿Los restos del arca no se han conservado para nuestra instrucción?...» (1)

VI

ABRAHAM.

«Noé, dice el Génesis, vivió 350 años después del diluvio; y todo el tiempo de su vida fué de 950 años.» Entonces sus hijos se dispersaron y se repartieron la tierra, llevando por todas partes consigo la grande Promesa de un Salvador y la práctica del sacrificio.

No existiendo ya entonces ninguna institución, imagen del Papado, Dios escogió á Abraham y á sus descendientes, para conservar la Revelación divina. Puede decirse que Abraham fué el gran Papa de la antigüedad y que nadie se asemeja á San Pedro más que él. San Pedro fué objeto de una especial predilección por parte de Jesucristo que le hizo su vicario, y Abraham lo fué también en los antiguos tiempos por parte de Dios Padre.

«El Señor dijo á Abram: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré.» (2)

A la voz de Jesús, Simón, hijo de Joná, dejará todo y seguirá á su maestro.

«Yo haré de tí un gran pueblo, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Bendeciré á los que te

(1) *Homilia sobre la perfecta caridad.*

(2) Gen. XII, 1.

bendigan, y maldeciré á los que te maldigan, y EN TÍ serán benditos todos los linajes de la tierra.» (1)

Estas promesas serán hechas á San Pedro por Jesucristo.

«Y dijo el Señor á Abram: Alza tus ojos, y mira desde el lugar, en que ahora estás, hacia el septentrión y el mediodía, hacia el Oriente y el Poniente. Toda la tierra, que registras, daré á tí y á tu posteridad para siempre. Y haré tu linaje como el polvo de la tierra...» (2)

Jesucristo dará á Pedro y á sus sucesores todas las naciones del universo.

«Melchisedéch, rey de Salem, presentando pan y vino, porque era sacerdote del Dios Altísimo, bendijo á Abram, y dijo: Bendito Abram del Dios excelso, que creó el cielo y la tierra!» (3)

Pedro es bendito por Jesús, sacerdote eterno, el verdadero Melchisedéch.

Dios asegura á Abram que será su protector y su recompensa: Jesús hace lo mismo con Pedro.

El Señor contrae alianza con Abram: Jesús con Pedro.

«Yo soy el Dios Todopoderoso, dijo el Señor á Abram; anda en mi presencia, y sé perfecto. Y pondré mi alianza entre mí y tí: y te multiplicaré mucho en gran manera. Postróse Abram sobre su rostro. Y díjole Dios: Yo soy, y mi pacto contigo, y serás padre de muchas gentes. Y en adelante no se llamará ya más tu nombre Abram (*padre excelso*): sino que serás llamado Abraham (*padre de una multitud excelsa*): porque te he puesto por padre de muchas gentes: *Patrem multarum gentium....*» (4).

Jesucristo renovará esta grandiosa escena, diciendo á Pedro: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra...

(1) Gen. 2.

(2) Ibid. XIII, 14-16.

(3) Ibid. XIV, 18-19.

(4) Ibid. XVII, 1-5.

Yo te daré las llaves del reino de los cielos..... Tú no te llamarás ya Simón, sino Pedro.»

El Señor se aparece á Abraham bajo la figura de tres hombres: en el Tabor Jesús se aparece á Pedro con Moisés y Elías.

Léanse con atención estos dos relatos y se descubrirá entre el Patriarca del Antiguo Testamento y el Príncipe de los Apóstoles el mismo ardor, el mismo carácter y la misma bondad de corazón que se revela de mil maneras y prorrumpe en parecidos arranques.

»Y dijo Abraham: Señor, si he hallado gracia en tus ojos, no pases de tu siervo» (1). Jesús habitaba en Capharnaum en casa de Pedro.

Cuando Abraham hubo obedecido á Dios que le había mandado sacrificase á Isaac, el Señor le dice: «Por mí mismo he jurado: Por cuanto has hecho esta acción... te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está á la ribera del mar: tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos.» (2)

Veremos cómo Nuestro Señor Jesucristo habla á Pedro que acababa de confesar su divinidad afirmando que Él era Cristo, Hijo de Dios. Pedro también poseerá á Roma y otras ciudades que eran de los emperadores, enemigos de los cristianos.

Abraham recibió, pues, de Dios el depósito sagrado de la promesa de un Salvador, que nacería de su raza, y en quien serían benditas todas las naciones. Ofreció á Dios sacrificios, y le hubiera inmolado á su hijo Isaac; pero, Dios que quería presenciar el espectáculo de un padre pronto á sacrificar á su propio hijo, como Él inmolaría al suyo sobre el Calvario, le detuvo.

(1) Gen. XVIII, 3.

(2) Ibid. XXII, 16-17.

VII

DESCENDIENTES DE ABRAHAM.

Isaac, Jacob y sus hijos suceden á Abraham en la custodia del depósito sagrado de la Revelación. Intacto se conservaba hasta la hora en que moría Jacob, y este santo Patriarca bendiciendo á Judá decía: «Judá, te alabarán tus hermanos: tu mano en las cervices de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de león, Judá: á la presa subiste, hijo mío: reposando te acostaste como león, y como leona, ¿quién le despertará? No SERÁ QUITADO de Judá el cetro, y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectación de las gentes. Atando á la viña su pollino, y á la vid, ó hijo mío, su asna. Lavará en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su palio. Más hermosos son sus ojos que el vino, y sus dientes más blancos que la leche.» (1)

Judá ha sido adorado en el Cristo, salido de su sangre. Conservó el cetro hasta la venida del Deseado de las naciones, y dió al mundo á David, y á la Virgen, de la cual nació Jesús. Bossuet escribe á este propósito: «Así se cumplió puntualmente el antiguo oráculo de Jacob: Judá se multiplicó desde el principio más que todos sus hermanos, y habiendo conservado siempre cierta preeminencia, recibió en fin la dignidad real como hereditaria. En lo sucesivo, el pueblo de Dios queda reducido á su sola raza, y encerrado en su tribu toma su nombre. En Judá continúa ese gran pueblo prometido á Abraham, Isaac y Jacob; en él se perpetúan las demás promesas, el culto de Dios, el templo, los sacrificios, la posesión de la tierra pro-

(1) Gen. XLIX, 8-12.

metida, que no se llama ya más que la Judea. A pesar de sus diversos Estados, los Judíos permanecen siempre formando una nación y un reino con sus leyes, su régimen y constitución propia. Se ve aparecer constantemente en este pueblo ó reyes, ó magistrados y jueces, hasta el advenimiento del Mesías; cuando nace el Redentor prometido, el reino de Judá poco á poco cae en ruína. Destruído enteramente, el judío es arrojado sin esperanza de la tierra de sus padres. El Mesías llega á ser la expectación de las naciones y reina sobre un nuevo pueblo (1).

VIII

MOISÉS

Al morir José había dicho á sus hermanos que habitaban con él en Egipto: «Dios os visitará, y os hará subir de esta tierra á la tierra que juró á Abraham, á Isaac y á Jacob.» Y habiéndoles dicho: Dios os visitará, añadió según el texto sagrado: «Llevad mis huesos con vosotros de este lugar, y prometedme lo con juramento.» (2)

A poco nació Moisés en este mismo Egipto, y Dios se sirvió de él para visitar á su pueblo, ésto es, para libertarle.

Moisés, inspirado por el Espíritu Santo, escribió la historia de la creación, de la caída del hombre, de la promesa, de todo lo que aconteció hasta él y á él mismo, así como á Aarón colocado al frente del sacerdocio.

(1) *Historia Universal.*

(2) Gen. I. 23.

DESPUÉS DE MOISÉS.

Después de Moisés se valió Dios para mantener la verdad revelada, á más del sacerdocio, de los Jueces, de los Reyes, de David sobre todo, discípulo, puede decirse, de Jesucristo, á quien contemplaba y cuya vida anunciaba de antemano; más tarde, de los Profetas y de las Tradiciones universales, llevadas con los Libros sagrados por el pueblo judío á través del mundo entero, en sus numerosas cautividades é incesantes emigraciones.

IX

LA SINAGOGA.

Al llegar á este lugar, debemos llamar la atención hacia *la Sinagoga*, medio empleado por la sabiduría divina para instruir al pueblo judío, y mediante él, al resto del mundo.

«La gran Sinagoga, dice el abate Glaire, es el nombre que dan los Judíos á una sociedad compuesta de ciento veinte miembros, á cuya cabeza se encontraba Esdras, á la vuelta de la cautividad de Babilonia. Entre estos ciento veinte miembros se contaban los profetas Ageo, Zacharías y Malachías.» (1)

Bossuet, en sus luchas con los Protestantes, tuvo ocasión de hablar de la Sinagoga, como hemos indicado en otra parte. A continuación transcribimos un pasaje sumamente instructi-

(1) *Dicc. Univ. Art. Sinagoga.*

vo de este doctísimo Autor; comentando estas palabras del Salvador: «Los doctores de la ley y los fariseos se sentaron sobre la cátedra de Moisés,» dice: «Nada había más grande para el antiguo pueblo hebreo que sentarse sobre la cátedra del legislador; de aquél á quien Dios había establecido entonces para ser el mediador entre él y su pueblo, como le llama San Pablo. Sobre esta cátedra se sentaron los doctores de la ley y los fariseos; representando á aquellos setenta senadores que participaron del espíritu de Moisés para juzgar al pueblo. —Después de haber establecido su autoridad sobre la de Moisés, concluye el Salvador: *guardad y haced todo lo que os dijeren*. Por estas palabras atribuye claramente á la Sinagoga una verdad infalible; de suerte que era necesario tener por cierto todo lo que había sido admitido como dogma constante de la Sinagoga. Porque á nadie da el derecho de juzgar sobre ella; y el deber del pueblo es la obediencia: Guardad y haced.»

Bossuet añade: «Ponderemos, pues, la autoridad que deben tener los doctores de la Iglesia cristiana, puesto que se sientan, no ya sobre la cátedra de Moisés, sino sobre *la de Jesucristo* y de los Apóstoles, y cuentan con una promesa mucho más auténtica que los doctores de la Sinagoga, porque la Sinagoga debfa pasar y sólo tenía á su favor promesas temporales; mientras que á la Iglesia se ha dicho solemnemente: *Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.*» (1)

Estas consideraciones de Bossuet manifiestan con claridad que Dios Padre preparó realmente el Papado, puesto que la Sinagoga misma había recibido de Él una autoridad infalible. Consuela en verdad hacer constar este hecho, porque demuestra cuán estimable es á los ojos del Señor la verdad religiosa, y al mismo tiempo cuánto ama á las almas que se alimentan de ella. A nuestros ojos, esta atención y especial cuidado del

(1) *Medit.* sobre el Evang. LIII.

Padre celestial en mantener, por espacio de cuarenta siglos, en el mundo antiguo la grande y consoladora promesa de un Salvador y la práctica constante del sacrificio entre todos los pueblos, domina toda la historia de la antigüedad. Dicha promesa une el cielo con la tierra, á Dios con la humanidad, y á la vez liga con estrecho lazo el mundo anterior á Jesucristo con el mundo que comenzó el día de su nacimiento en Belén.

Ciertamente, para negar que Jesucristo es el Principio y el Fin, el Alpha y Omega de todas las cosas en nuestro mundo, en nuestra humanidad y su historia, es preciso ser ciego voluntario; es necesario odiar á Cristo. Es menester aborrecer á Dios, para desconocer el cuidado que el Padre celestial ha tenido en anunciar su Hijo á la tierra. En cuanto á nosotros, llenos estamos de admiración y poseidos de júbilo inmenso contemplando esta divina unidad, que es el sello de las obras del Altísimo, hechas todas por Él á su imagen.

CAPÍTULO SEGUNDO.

EL PAPADO FUNDADO POR DIOS HIJO.

El Padre celestial había tenido especial cuidado en asegurar la verdad á los hombres; no obstante quiso hacerles sentir cuán profunda herida había abierto en su corazón la rebelión de Adán en el paraíso terrestre, y con este designio se había retirado de la humanidad dejando de enseñarla por sí mismo.

Notemos que Dios sufría en cierto modo alejándose del hombre; porque es su Padre infinitamente amante, y un padre quiere estar con sus hijos.

Vencido por su propio corazón volvía de vez en cuando al seno de la humanidad, bajo una forma sensible, como lo hizo con Abraham, según dijimos en otro lugar. Mas, esta vuelta ó renovación de la presencia de Dios en la tierra era pasajera y en favor de algunos servidores más fieles, á quienes deseaba sostener y reanimar.

Llegó el tiempo en que se dignó, sin embargo, renovar su presencia en el mundo de una manera continua. Descendió sobre el Sinaí en medio de relámpagos y de truenos, llamó á Moisés y le mandó construir una arca que sería honrada con

su augusta presencia. El arca santa fué fabricada y Dios habitó en ella, pronunciando desde allí oráculos, cuando el Sumo Sacerdote le interrogaba.

Pero todavía no era ésto bastante solemne para su soberano beneplácito. Dios pidió un templo y Salomón lo edificó. Destruído en castigo de los pecados del pueblo, fué reedificado, y este segundo templo duró hasta la venida del Hijo de Dios hecho hombre, hace ya 1890 años.

Esta fecha que viene á ser la edad de Cristo, como hombre, basta de suyo para detener la sonrisa en los labios del incrédulo. Y efectivamente, podemos preguntarles ¿no es más que un puro hombre Aquél que ha impuesto á la humanidad el día de su nacimiento en un establo por punto de partida del mundo nuevo?

Desde entonces el Emmanuel, *el Dios con nosotros*, nos ha devuelto su presencia.

Verdad es que subió visiblemente á los cielos; pero ha perpetuado su presencia en nuestros tabernáculos de una manera invisible, haciéndose el compañero de nuestra peregrinación y el pan misterioso, aunque real, de nuestra alma.

JESÚS COMIENZA SU VIDA PÚBLICA Y VE Á PEDRO.

Tenía treinta años cuando bajó Jesús de la gruta, llamada todavía hoy la *gruta de la cuarentena*, en donde ayunó cuarenta días, y no se había alejado aún del Jordán. Juan estaba también allí con dos de sus discípulos. «Y mirando á Jesús que pasaba, dijo: Hé aquí el Cordero de Dios. Y le oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron á Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: ¿Rabbi (que quiere decir Maestro) en dónde moras?

Les dijo: Venid, y vedlo. Ellos fueron, y vieron en donde moraba, y se quedaron con él aquel día: era entonces como la hora de las diez. Y Andrés hermano de Simón Pedro era uno de los dos, que habían oído decir ésto á Juan, y que habían seguido á Jesús. Este halló primero á su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que quiere decir el Cristo). Y le llevó á Jesús. Y Jesús le miró, y dijo: Tú eres Simón hijo de Joná: tú serás llamado Cephas, que se interpreta Pedro.» (1)

Dice el Génesis que «Adán puso á todos los animales un nombre que les convenía.» Dios cambió el nombre de Abram por el de Abraham, según queda indicado en otro lugar; y Jesús da á Simón el nombre de Pedro, nombre que le convenía para la obra á la que estaba destinado, como se lo manifestará bien pronto el divino Maestro. Simón debía ser el fundamento de la Iglesia, su cabeza y su sostén; el padre, el Papa de la Iglesia.

Esta mirada de Jesús, esta profunda y penetrante mirada, llena de bondad, fijándose en el hijo de Joná, había abarcado de un solo golpe á la Iglesia y á su jefe, Pedro. El Papado todo entero agolpábase á la vista de Jesús, con el Janículo donde debía ser crucificado el primer Papa. Dios solamente puede sondear de este modo á las almas, leer tan claramente en lo porvenir y predecir lo que ha de acontecer. Una vez admitido este versículo 42 del capítulo I del Evangelio según San Juan, es preciso reconocer la divinidad de Jesucristo, y ¿quién se atreverá, pues, á rechazar este versículo? Si se rehusa creer en la inspiración del Evangelio, es necesario á lo menos aceptarle como un libro histórico; y aún bajo este aspecto conserva dicho versículo toda su fuerza y energía.

(1) Joann. I, 36-42.

II

SEGUNDA ENTREVISTA DE JESÚS CON PEDRO.

«Y dejando la ciudad de Nazareth, fué á morar á Capharnaum, ciudad marítima, en los confines de Zabulón y de Nephthalim: Para que se cumpliese lo que dijo Isaías el profeta: Tierra de Zabulón, y tierra de Nephthalim, camino de la mar, de la otra parte del Jordán, Galilea de los Gentiles; pueblo que estaba sentado en tinieblas, vió una grande luz: y á los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz les nació. Desde entonces comenzó Jesús á predicar y á decir: Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos. Y yendo Jesús por la ribera de la mar de Galilea, vió dos hermanos, Simón, que es llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en la mar (pues eran pescadores), y les dijo: Venid en pos de mí, y haré que vosotros seais pescadores de hombres. Y ellos al instante dejadas las redes, le siguieron. Y pasando de allí, vió otros dos hermanos, Santiago de Zebedeo, y Juan su hermano, en un barco con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes: y los llamó. Y ellos al punto dejadas las redes y el padre, le siguieron.» (1)

Esta página del Evangelio, decíamos en otra parte, encierra un sentido profundo, sublime, divino para todo aquel que quiera leer con inteligencia lo que ella expresa. Jesús caminaba á lo largo de la mar de Galilea.... Sin duda, no lejos del pequeño puerto de Bethsaida, patria de Pedro y de Andrés, como todos saben. El viajero que hubiera pasado por allí, viniendo de Tiberíades ó de Magdala, para dirigirse á Capharnaum, hu-

(1) Matth. IV, 13-22.

biera encontrado á un hombre, joven todavía, de modestia incomparable, de aire noble y sencillo, de fácil acceso, y sobre todo de una dulzura y benevolencia tan encantadora que poseía una fuerza irresistible de atracción. Él marcha, y á aquella tierra que pisa con la planta de su pie, puede decir: Yo soy quien te ha creado.... Y al sol que la ilumina: Astro brillante, yo te he formado y dado lumbre con el soplo de mi boca, y podría extinguir tus fulgores como el hombre apaga una antorcha pálida y moribunda. Mañana dirá al viento y á la mar agitados: Sosegaos! y la calma sucederá de repente á la tempestad.

Él camina silencioso; ¿medita tal vez algún proyecto? N6, no tiene que investigar la verdad; la ve en sí mismo y con toda claridad; es el Verbo de Dios hecho hombre, y al mismo tiempo que oye el murmullo de las olas que vienen á estrellarse en la orilla, escucha los cánticos de los Ángeles, que le alaban desde las alturas de los cielos, entonando: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos.

Este es Aquél que se acerca á Pedro y á Andrés. Él los conoce y ellos también le conocían. Se encontraron por primera vez en las cercanías de Jerichó, y entonces fué cuando Simón, hijo de Joná, conducido por su hermano Andrés recibió del Salvador el nombre de Cephas ó Pedro.

Pedro y Andrés, pescadores de oficio, trabajan para ganarse el sustento de cada día. Jesús les dice: Seguidme; haré que vosotros seais pescadores de hombres, va más lejos aún, llama también á Santiago y Juan. Los cuatro le siguen al punto, sin objetar nada.

He aquí el apostolado cristiano fundado para siempre! el apostolado que debe iluminar el mundo pagano y transformarle en el mundo cristiano, en donde reinará la verdad del cielo; en donde triunfará la virtud, mejor dicho, todas las virtudes más sublimes, elevadas hasta el heroísmo, todos los sacrificios; en una palabra, lo que se llama la civilización cristiana. Qué

grandeza y al mismo tiempo qué sencillez! Admirable y sobrenatural contraste! Para instituir este apostolado, esta pesca mística en que se coge á los hombres con el cebo de la verdad celestial, y que era absolutamente desconocida de la antigüedad; este apostolado cuyos heraldos deberán recorrer la tierra entera, trepar por los montes más escarpados y bajar al fondo de los abismos; penetrar en la humilde choza del labriego, en los palacios artesonados de los reyes; resonar en los oídos de los justos dulce como la voz de una madre, y en los del pecador terrible como el trueno; este apostolado, en suma, que, semejante al sol, deja á los que abandona en el horror y el frío de la noche, en tanto que alumbra y calienta á las naciones dóciles á su voz, para fundarle, Jesús no tiene necesidad más que de dos palabras: *Hominum piscatores*: les hará pescadores de hombres; y el primero de estos barqueros que él escoge, Pedro, recibirá el cargo de guiar la nave de la Iglesia y de ser el Papa, el Padre de la humanidad. No, esto no es la obra de un hombre, sino la obra de Dios, que con una palabra ha creado el mundo.

III

PEDRO CONFIESA LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Cuando el divino Maestro había elegido definitivamente á los doce que, de entre sus discípulos, serían sus Apóstoles, Pedro era el primero. «Y aconteció en aquellos días, que salió al monte á hacer oración, y pasó toda la noche orando á Dios. Y cuando fué de día, llamó á sus discípulos: y escogió doce de ellos (que nombró Apóstoles). A Simón, á quien dió el sobrenombre de Pedro, y á Andrés su hermano...» (1)

(1) Luc. VI. 12.

Pedro era, pues, considerado ya el jefe del Colegio apostólico, siendo tratado por el Señor con una atención particular. De aquí el decidirse á tomar la iniciativa, ora para responder al Maestro en nombre de sus hermanos, ora para salir á su defensa. Esto fué lo que aconteció en la circunstancia siguiente:

Jesús llegó á los alrededores de Cesarea de Philippo, remontando el Jordán, junto á su nacimiento, hasta el pié del monte Hermón. Allí se retiró á solas, y oró según su costumbre para dar ejemplo á sus Apóstoles. Hallábase solo con ellos en esta profunda soledad. Interrumpió su oración, y sentándose en medio de ellos les preguntó en estos términos: «¿Quién dicen las gentes, que soy yo? Y ellos respondieron y dijeron: Juan el Bautista, y otros Elías, y otros, que resucitó alguno de los antiguos profetas. Y les dijo: ¿Y vosotros quién decís, que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: El Cristo de Dios.» (1)

San Matheo refiere esta interesante escena con las siguientes palabras: «Respondió Simón Pedro, y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón hijo de Juan: porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos. Entonces mandó á sus discípulos, que no dijesen á ninguno, que él era Jesús el Cristo.» (2)

San Lucas es todavía más explícito: «Él entonces les amenazó, y mandó, que no lo dijesen á nadie, diciéndoles: Es ne-

(1) Luc. IX, 18-20.

(2) Matth, XVI, 16-20.

cesario que el Hijo del hombre padezca muchas cosas, y que sea desechado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los Escribas, y que sea entregado á la muerte, y que resucite al tercero dia.» (1)

Pedro realizó en aquella ocasión un acto sublime de fe, que conmovió profundamente al corazón de Jesús. Este bondadoso Maestro no oía ordinariamente más que á los Escribas y á los Fariseos, ciegos, envidiosos y rencorosos, y hé aquí que Pedro, veloz como el pensamiento, ardiente como la llama, se eleva en alas de la fe, y pronuncia con firmeza estas palabras que desde Hermón resonarán en todos los ámbitos de la tierra: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» Esta hermosa confesión es digna de Jesús, y digna también del futuro Príncipe de los Apóstoles. Así es que la respuesta del Salvador revela su gozo interior; su acento fué solemne, su actitud majestuosa. El Verbo Encarnado rindió testimonio á Pedro, le alabó por su fe, le anunció su alta misión, y pronunció esta palabra inaudita hasta entonces: *la Iglesia*. Y nosotros, después de haber transecurrido cerca de diez y nueve siglos, no podemos leer de nuevo esta escena grandiosa, sin exclamar, conmovidos como Pedro: Sí, Señor, tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

IV

UNA LECCIÓN DADA Á PEDRO POR JESÚS.

Nuestro Señor había llegado á Galilea, pasando por la orilla izquierda del lago. Quiso que le acompañaran á la cima del Thabor Pedro, Santiago y Juan, á cuyos ojos se obró el gran misterio de la Transfiguración. Volviendo á tomar entonces

(1) Luc. IX, 21-22.

el camino de Capharnaum, les habló de su próxima muerte. Como esta conversación les entristecía dejaron á su Maestro entregado á sus pensamientos, y se pusieron á discutir sobre esta cuestión: Cuál era el mayor de entre ellos?

«Y como llegaron á Capharnaum, vinieron á Pedro los que cobraban los didracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga los didracmas? Dijo: Sí. Y entrando en la casa, Jesús le habló primero diciendo: ¿Qué te parece, Simón? ¿Los reyes de la tierra de quién cobran el tributo ó el censo? ¿De sus hijos ó de los extraños? De los extraños, respondió Pedro. Jesús le dijo: Luego los hijos son francos ó están exentos. Mas porque no los escandalicemos, ve á la mar, y echa el anzuelo: y el primer pez que viniere, tómalo: y abriéndole la boca, hallarás una estatera: tómala, y se la darás por mí, y por tí.» (1)

Pedro, siempre fogoso, se había adelantado demasiado; Jesús le obliga con suave dulzura á reconocer su falta, y tomando de aquí ocasión para instruirle, procedió con una delicadeza infinita, diciéndole en resumen: Bien sabes que Yo soy el Hijo de Dios; no tengo por lo tanto que pagar nada por el templo de mi padre, que es también el mio. Sin embargo, para no dar motivo de escándalo á los recaudadores, que son paganos, y que podrían pensar que nosotros menospreciamos la autoridad de Tiberio, vé y echa el anzuelo; paga el didracma por nosotros.

Sabido es que el pez, *Ichthus* en griego, representa á Jesucristo, ofrecido sobre la cruz, anzuelo divino, para la salvación del mundo.

(1) Matth. XVII, 23-26.

V

OTRA LECCIÓN DADA Á PEDRO Y Á LOS APÓSTOLES.

«Y cuando estaban en la casa, les preguntaba: ¿Qué ibais tratando por el camino?» Acabamos de ver que habían dejado á su Maestro caminar solo.

«Mas ellos callaban: porque en el camino habían altercado entre sí, sobre cual de ellos sería el mayor. Y sentándose, llamó á los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el siervo de todos. Y tomando un niño, le puso en medio de ellos: y después de haberlo abrazado, les dijo: Cualquiera que recibiere á uno de estos niños en mi nombre, á mí recibe: y todo el que á mí recibiere, no recibe á mí, sino á aquel que me envió....» (1)

Estas palabras del Salvador determinan la naturaleza del poder cristiano: viene á ser éste una noble servidumbre de sus hermanos por Dios. Esas palabras elocuentes de Jesucristo han estigmatizado y destruido la tiranía, que renace bien pronto doquiera vuelve á reinar el paganismo. A la cabeza de la cristiandad vemos, desde Pedro, al Papa, Padre universal firmándose: *Siervo de los siervos de Dios*. Cuando los emperadores y los reyes olvidan esta gran lección, el Papa la tiene siempre presente, y la recuerda á los jefes de las naciones y á los grandes.

(1) Marc. IX, 32-36.

VI

JESÚS TRAZA LOS DEBERES DEL PAPA.

Nuestro Señor Jesucristo no se contentaba sólo con corregir á Pedro y á los apóstoles sus defectos con infinita bondad; complacíase además en darles ejemplo de todas aquellas virtudes que deberían practicar en su respectiva misión y en su apostolado á través del mundo.

Su valor en enseñar.—Con motivo de la Fiesta de los Tabernáculos, el año tercero de su vida pública, Jesús vino al templo, no obstante las amenazas de muerte proferidas contra él de todos lados. «Los Judíos le buscaban el día de la fiesta, y decían: ¿En donde está aquel? Y había grande murmullo acerca de él entre la gente. Porque los unos decían: Bueno es. Y los otros: No, antes engaña á las gentes. Pero ninguno hablaba abiertamente de él por miedo de los Judíos. Y al medio de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se maravillaban los Judíos, y decían: ¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido? Jesús les respondió, y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado. El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina, si es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo. El que de sí mismo habla, busca su propia gloria: mas el que busca la gloria de aquel que le envió, éste veraz es, y no hay en él injusticia.» (1)

Tales deberán manifestarse los apóstoles de Jesús. Enviados por Él tendrán que buscar su gloria, y no la suya propia, á menos de cometer una enorme infidelidad para con su divino Maestro. Y cuenta que el Salvador hablaba así con un valor tan sublime y denodado que llenaba de asombro á sus oyentes.

(1) Joann. VII, 11-18.

«Y decían algunos de Jerusalén: ¿No es éste el que buscan para matarle? Pues hé aquí que habla en público, y no le dicen nada. ¿Por ventura han reconocido los príncipes, que éste es el Cristo?» (1)

«Oyeron los Fariseos estos murmullos que había en el pueblo acerca de él: y los príncipes de los sacerdotes, y los Fariseos enviaron ministros para que le prendiesen.» Fueron los ministros, le oyeron y quedaron pasmados de su autoridad; pues, muchas de aquellas gentes habiendo oído sus palabras, decían: «Este verdaderamente es el profeta.... Y algunos de ellos le querían prender: mas ninguno puso las manos sobre él. Volvieron los ministros á los príncipes de los sacerdotes y á los Fariseos. Y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Respondieron los ministros: Nunca así habló hombre, como este hombre.» (2)

Él es el buen pastor.—Jesús en esta parábola se ha retratado á sí mismo y enseñado lo que deberán ser después de él todos los pastores de las almas, principalmente su Jefe, el Vicario de Jesucristo. Escuchemos sus palabras: «En verdad, en verdad os digo: Que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, aquel es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas.... En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta de las ovejas.... Quien por mí entrare, será salvo....» (3) El Señor continúa mostrando al verdadero pastor que conoce á sus ovejas, que las guía y conduce á los pastos saludables, que las apacienta, que las defiende, que muere por ellas.

Él vela por la formación de sus sacerdotes.—«Y después de ésto señaló el Señor también otros setenta y dos. Y los envió de dos en dos delante de sí á cada ciudad y lugar, á donde

(1) Joann. VII, 25-26.

(2) Ibid. VII, 40.... 44-46.

(3) Ibid. X, 1, 2, 7, 9.

él había de venir. Y les decía: la miés ciertamente es mucha, mas los trabajadores pocos. Rogad pues al Señor de la miés, que envíe trabajadores á su miés. Id: hé aquí que yo os envío, como corderos en medio de lobos.» Les traza de seguida el camino que debían seguir. «Mas en cualquiera ciudad en que entráreis, si no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid: Aun el polvo, que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros: sabed no obstante, que se ha acercado el reino de Dios.» Oid ahora al soberano Legislador estableciendo una sanción para su ley: «Os digo, que en aquel dia habrá menos rigor para Sodoma, que para aquella ciudad.» (1)

Después que se ha presentado como modelo para la instrucción de los pastores bajo la alegoría del buen Pastor, Jesús muestra de nuevo su tierna caridad bajo la figura del *Buen Samaritano*.

La Oración.—Nuestro Señor sabe que el hombre se inclina al olvido de su fragilidad natural, á la independenciam, á la soberbia: para corregirle, pone la gracia, de que tiene necesidad para vencerse, á precio de la humilde súplica, de la oración, tanto para los pastores como para las ovejas: «Pedid, dice, y recibireis; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá.» (2)

Jesús estigmatiza con santa libertad el fariseismo.—Hay gentes en medio del mundo que, bajo apariencias de piedad, de regularidad engañan al pueblo. Por su orgullo se imponen á la muchedumbre y la extravían. Jesús sabe muy bien que tales hombres usurpan el poder divino y pretenden nada menos que hacerse dioses; fulmina contra ellos los rayos de su palabra y les echa en rostro su hipocresía. «¡Mas ay de vosotros, Fariseos, que diezmais la yerba buena, y la ruda, y toda hortaliza, y traspasais la justicia, y el amor de Dios!» (3)

(1) Luc. X, 1, 2, 3-10, 11, 12.

(2) Matth. VII, 7.

(3) Luc. XI, 42.

Condena la avaricia.—Este vicio es siempre feo, pero sobre todo en el sacerdocio; por eso Nuestro Señor previene á sus Apóstoles contra él; les hace ver que las riquezas conducen á una vida regalada y concluyen por atraer sobre sí la indignación de la justicia eterna.

Aconseja socorrer á los pobres.—La limosna redime todos los pecados atrayendo sobre sí la gracia divina, que convierte el alma al Señor. Aficionada ésta á sí misma, á los placeres de los sentidos, á las criaturas; desde el momento en que principia á desasirse de los bienes exteriores mediante la limosna, llega á desapegarse de la sensualidad, después del orgullo: del yo que se adora.

No rehusa tratar con los pecadores.—«Y se acercaban á él los publicanos, y pecadores, para oírle. Y los Fariseos, y los Escribas murmuraban, diciendo: Éste recibe pecadores, y come con ellos.» (1) Entonces Nuestro Señor les propuso la parábola del pastor que pierde una oveja, y dejando las noventa y nueve en el desierto, va en busca de la que se ha perdido.

Figura de Jesucristo bajo la parábola del padre admirable del hijo pródigo.—Conocido es de todos que el hijo pródigo representa á la humanidad culpable, y que este padre no es otro sino Dios acogiendo al hijo, es decir, á la humanidad, con una bondad infinita. Hermosa lección para los espíritus melancólicos que osan censurar la bondad que usan los Papas con los pueblos extraviados que vuelven al redil de la Iglesia, á la gran Casa del Padre de familia.

Jesús predica el deber á todos.—El siervo debe servir á su señor: «¿Y quién de vosotros, decía Jesucristo á sus oyentes, teniendo un siervo, que ara, ó guarda el ganado, que cuando vuelve del campo, le dice: Pasa luego, siéntate á la mesa: Y no le dice antes: Disponme de cenar, y ponte á servirme, mien-

(1) Luc. XV, 1-2.

tras que como, y bebo, que después comerás tú y beberás? ¿Por ventura debe agradecimiento á aquel siervo, porque éste hizo lo que le mandó? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hicieréis todas las cosas, que os son mandadas, decid: Siervos inútiles somos: lo que debíamos hacer hicimos.» (1)

De este modo formaba Jesús á Pedro y á los Apóstoles en su misión y sublime ministerio, y su palabra, poco comprendida entonces, debía pasar á las generaciones venideras y servirles de regla.

El divorcio.—La cuestión del matrimonio es uno de los puntos que afectan más de cerca á la buena administración de los pueblos, á su bienestar moral y eternos destinos. La inconstancia natural del corazón humano introduciría fácilmente el desorden en la familia, si la autoridad religiosa no mantuviese á los gobernantes mismos en la observancia de la ley de Dios; si ella soltase la rienda á las pasiones. Así es que el Salvador puso especial cuidado en recordar varias veces delante de Pedro y de sus Apóstoles lo que deberían prescribir á los fieles sobre esta materia. Ellos no faltarán jamás, y la Iglesia, consentirá en la separación de naciones enteras, antes que transigir en esta cuestión.

Instrucciones de Jesucristo acerca de la juventud.—Vemos á Jesucristo en los últimos días de su vida mortal, tratar de nuevo la cuestión de los niños y de los jóvenes. Bendecía á los pequeñuelos, abrazábalos, les imponía sus manos sobre la cabeza, diciendo: «Dejad á los niños, y no los estorbeis de venir á mí: porque de los tales es el reino de los cielos.» (2)

Más tarde, vino á Él un joven, y «Jesús mirándole, le amó.» (3) Después le instruyó, manifestándole que, además de lo *mandado*, había otras cosas que eran simplemente *de con-*

(1) Luc. XVII, 7-10.

(2) Matth. XIX, 14.

(3) Marc. X, 21.

sejo, como dejarlo todo á los pobres por servir á Dios. ¡Cuán cierto es que el rico apegado á los bienes de la tierra, no puede entrar con sus codiciados tesoros en el cielo!

Necesario es que los niños y los jóvenes vayan á Jesucristo; de lo contrario caerán en el vicio. Sólo Dios puede sostenerlos en las tentaciones y combates á que los expone la sensualidad. Impedirles que vayan á Cristo Nuestro Salvador es perderlos irremisiblemente. Los Papas comprenderán esta importante verdad, los pastores también, y todos trabajarán de consuno para asegurarles escuelas cristianas, que inculquen en sus blandos corazones las máximas saludables de la religión, verdadera norma de la vida y único freno de las pasiones, y el uso frecuente de los sacramentos, sin los cuales no es posible perseverar en la virtud.

VII

JESUCRISTO, IDEAL DIVINO DEL PAPA.

JESÚS TRIUNFANTE.

Nuestro Señor, pues, había dado principio á la obra que se proponía de formar á Simón hijo de Joná, llamado por sobrenombre Pedro, para que fuese el primer Papa. Con este fin quiso, al comenzar su vida paciente, llegar á ser para su querido discípulo un modelo perfecto, y en lo sucesivo y hasta la consumación de los siglos el ideal de todos los pontífices que fueran elevados al Papado.

Alegre, festiva y solemne fué la entrada del Salvador en Jerusalén. El Evangelio la ha descrito en términos tan conmovedores, que después de diez y nueve siglos, arrebatan todavía nuestras almas y nos llenan de admiración. «Y muchos tendieron sus vestidos por el camino: y otros cortaban hojas

de los árboles, y las tendían por el camino. Y los que iban delante, y los que seguían detrás, daban voces, diciendo: Hosanna: Bendito el que viene en el nombre del Señor.... Hosanna en las alturas.» (1)

El cortejo se adelantaba por la ladera de la colina de las Olivas: los Apóstoles, Lázaro, los discípulos, la muchedumbre que rodea á Jesús y hace resonar los aires con sus gritos de gozo y con sus aclamaciones, repetidas por los ecos de la montaña, á través del valle del Cedrón, hasta Jerusalén. Por fin se divisa ya la ciudad, maravilla del Oriente: no se oye entonces más que un grito entusiasta y atronador: «Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor, paz en el cielo, y gloria en las alturas...» (2) Una inspiración, un impulso poderoso del Espíritu Santo se había apoderado de las almas, inundándolas de luz, de amor, de dicha y de contento. Jesús, sin embargo, pensaba en lo porvenir, y á pesar de que acogía con señales de bondad estas pruebas de piedad, distinguía á poca distancia el Gólgota.

Los vítores y aclamaciones habían atravesado las murallas de Jerusalén y penetrado hasta en el recinto de la Ciudad Santa. Las gentes salían á tropel para ir al encuentro de Jesús que hacía su entrada triunfante. Los dos grupos se juntaron no formando más que una reunión ó agrupación inmensa que servía de cortejo al Mesías: y como, dice San Marcos, «los que iban delante, y los que seguían detrás, daban voces diciendo: Hosanna.» Las aclamaciones, los gritos de reconocimiento y de amor, los Hosanna se mezclaban y confundían, produciendo un concierto sublime de alabanzas, tan admirable, entusiasta y conmovedor, que jamás ningún monarca del mundo ha presenciado un triunfo más espléndido y glorioso. «Y cuando entró en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, di-

(1) Marc. XI, 8-10.

(2) Luc. XIX, 38.

ciendo: ¿Quién es éste? y los pueblos decían: Este es Jesús el profeta de Nazareth de Galilea.» (1) «Y entró en el templo: y después de haberlo reconocido todo, como fuese ya tarde, se salió á Bethania con los doce.» (2)

Jesucristo quiso gozar de este triunfo, porque era justo que fuese aclamado por su pueblo, antes de tomar posesión de su trono, que debía comprar y enrojecer con su sangre. Propóníase a demás legar este ejemplo á sus pontífices y proporcionarles como un reflejo de su propio triunfo para el día de su entronización. ¡Cosa admirable! Desde el Papa que es el Vicario de Cristo, hasta el más humilde sacerdote, todos generalmente, cuando inauguran su misión, son recibidos con muestras de júbilo, y á veces con demostraciones de público entusiasmo, como Jesús en Jerusalén. ¿Quién no recuerda el triunfo de Pio IX y de Leon XIII después de su elección, el día en que aparecieron en medio del pueblo? ¿Quién nos ha preparado, pues, esas ovaciones populares que llenan de asombro á los mismos que son objeto de ellas, arrancando de su corazón suspiros de amor, y de sus ojos lágrimas de tierno reconocimiento? El pastor supremo, Jesucristo, el Padre de nuestras almas, el modelo divino, el ideal sublime de los Papas. Él fué glorificado, y quiere que Pedro, su Vicario, lo sea también.

Los poderes de la tierra, como se observa con harta frecuencia, no poseen el secreto de preparar semejantes triunfos á los representantes de la autoridad civil, á pesar de todos sus esfuerzos y no obstante el aparato que suelen desplegar sus funcionarios y sus soldados. Esto es lo que hacía exclamar á Napoleón I delante de Pio VII en Fontainebleau: «Vosotros guardais las almas y nos dejais los cadáveres.» Esta simpatía que despierta la Iglesia en los corazones, exaspera al mundo, como el triunfo de Jesucristo excitaba la envidia de los Fari-

(1) Matth. XXI, 10-11.

(2) Marc. XI, 11.

seos. Siempre sucederá lo mismo, porque en todos los tiempos habrá almas que vivirán de la vida natural, mientras que otras se elevarán á la vida sobrenatural, enemiga del hombre exterior, es decir, del cuerpo y de sus aspiraciones.

VIII

EL LUNES SANTO.

Jesús predica la vida sobrenatural.

El origen de tantas dificultades con que tienen que luchar incesantemente los papas en el desempeño de su altísima misión, está en que ellos predicán á los hombres la vida sobrenatural, ó lo que es igual, la vida cristiana: creer en Jesucristo, Hijo de Dios, Rey eterno del cielo y de la tierra, á quien se debe toda sumisión, y cuya doctrina impone á el hombre la obligación de amar á Dios antes que todo y de sufrir por él, hé aquí lo que hiera la triple concupiscencia del orgullo, de la sensualidad y de la avaricia, de que se hace esclavo el mundo.

Pues bien! Jesús, habiendo entrado el Lunes Santo en el templo, decía: «Viene la hora, en que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo queda: mas si muriere, mucho fruto lleva. Quien ama su alma, la perderá: y quien aborrece su alma en este mundo, para vida eterna la guarda.» (1)

Es necesario, por consiguiente, amarse, no como el mundo se ama, sino como Jesucristo se ha amado, en la pobreza, la castidad y obediencia. Los Judíos no querían asentir á esta

(1) Joann. XII, 23-25.

sublime doctrina; por eso perseguían á Jesucristo, y todavía persiguen con su odio, tanto ellos, como sus adeptos y secuaces, á los Vicarios de Cristo en la tierra, fieles y constantes en predicar y hacer predicar esta doctrina. Que el Papa, por un imposible, ordene predicar la doctrina del mundo, y sus enemigos se tornarán en amigos.

IX

JESÚS MALDICE Á LOS FARISEOS.

El mal es el enemigo personal de Dios: Dios no puede menos que aborrecerle y condenarle. Por misericordia lo soporta; pero, cuando aquellos que lo cometen, escandalizan á los débiles, á los pequeñuelos, á los ignorantes, entonces castiga y maldice.

«Entonces Jesús habló á la multitud, y á sus discípulos, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y los Fariseos. Guardad pues, y haced todo lo que os dijeren: mas no hagais según las obras de ellos: porque dicen, y no hacen... ¡Mas ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que cerrais el reino de los cielos delante de los hombres. Pues ni vosotros entraís, ni á los que entrarían, dejais entrar.» (1)

Por donde se ve que Jesucristo, á pesar de su infinita mansedumbre, maldice á los Fariseos y á los Escribas, porque cierran á los demás el camino del cielo, después que rehusan ellos mismos entrar en él: á su ejemplo, los Papas también excomulgan á los pecadores públicos.

(1) Matth. XXIII, 1, 2, 3... 13.